



Panorámica de la montaña de Tindaya, vista desde la punta de Paso Chico, en los llanos del Tostón.

Los que sí ponen en peligro a Tindaya

En *Quercus* 232 (junio de 2005), tres catedráticos relacionados con el mundo conservacionista explicaban cómo la colosal escultura ideada por Eduardo Chillida para la montaña de Tindaya, en Fuerteventura, contribuiría al desarrollo sostenible de esta isla. Un argumento a favor de esta discutida obra que dista de ser aceptado unánimemente.

Cualquiera que conozca la costa oeste mayorera, la más despoblada de Europa, estará de acuerdo en admitir que reúne valores suficientes como para ser declarada el primer Parque Nacional desértico español, lograr una protección de la que ahora carece en su mayor parte y sustentar un turismo alternativo, todavía en mantillas, frente a los proyectos de sol y playa que están arrasando el territorio.

Ahora bien, de ahí a vincular ese desarrollo respetuoso con el medio natural a un polémico agujero en la montaña de Tindaya por el que ya se han colado más de seis mil millones de pesetas del erario público en comisiones y prebendas, sin que hasta el día de hoy sepamos si se puede hacer, me parece cuanto menos arriesgado.

Inicialmente, la idea era impecable. Dos canteras de dudosa legalidad afeaban la montaña más valiosa y protegida de Canarias. Una pequeña intervención de Eduardo Chillida en ellas permitiría recuperarlas para el arte. Pero el escultor aprovechó la ocasión para poner en práctica un viejo sueño: horadar Tindaya y hacer una escultura gigante en su interior.

Al día de hoy, nadie ha dicho todavía qué se hará con esas canteras, mientras que todos los recursos económicos se han dirigido hacia la nueva idea, sin tener en cuenta las protestas sociales y los informes científicos. Hay mucho dinero en juego, lo que explica que los políticos la apoyen sin fisuras. Pero faltaban los técnicos. Todos tenemos un precio, incluso los sabios más prestigiosos.

Contratados por la empresa que está realizando los sondeos como profesores de un peculiar curso de información ambiental dirigido a los obreros, los agraciados han sido los catedráticos Francisco Díaz Pineda, de la Universidad Complutense de Madrid, actual presidente de la junta rectora de WWF/Adena, Santiago Hernández, de la Universidad de Extremadura (Cáceres), ex presidente de Adenex, y Juan Pedro de Nicolás, de la Universidad de La Laguna (Tenerife).

Dicen los señores catedráticos en el artículo que publicaron en *Quercus* que el proyecto es "una necesidad imperiosa y una oportunidad". ¿Cómo se atreven a vincular la protección de un espacio natural que ustedes mismos reconocen como "de valor extraordinario" con la intervención en un área protegida a la que, una vez esculpida, habrá que dar accesos, aparcamientos y otros servicios. Señor Díaz Pineda, ¿qué escultura ha nece-

sitado el WWF para salvar al oso panda? ¿Y para que se protegiese Monfragüe, señor Hernández? ¿Qué escultura requiere el Teide para mejorar su turismo cultural, señor De Nicolás? Si hay algo que pone en peligro a Tindaya son razonamientos como los suyos.

Como estudioso del arte, reconozco mi admiración personal por la obra de Chillida. Pero también pienso que todo genio tiene su límite, el de la cordura. O quizás el límite esté sencillamente en el cumplimiento estricto de la ley.

Los más de doscientos paneles rupestres con podomorfos (con forma de pie) de Tindaya, considerados como de los más importantes del mundo, están protegidos por la legislación canaria y española con la máxima categoría posible, la de Bien de Interés Cultural. Tienen además un gran interés arqueoastronómico, aún por descifrar, al estar orientados hacia el Teide y el ocaso solar del solsticio de invierno. La montaña está declarada Monumento Natural, lo que prohíbe "la alteración de sus condiciones naturales". El Instituto Tecnológico Geominero de España la tiene catalogada como Punto de Interés Geológico. Y su maravilloso entorno natural ha sido seleccionado por Europa como Zona de Especial Protección para las Aves (ZEPA).

Frente a ello, la escultura pretende perforar la montaña para crear en su interior un espacio cúbico irregular, de cincuenta por cincuenta metros, a ochenta metros de profundidad. Se accederá a él por un pasadizo de quince por quince metros, orientado al mar. Además habrá dos chimeneas de veinte metros de anchura mirando al sol y la luna, cosa harto difícil, que tendrán salida a la cumbre, justo en la zona con más paneles de grabados rupestres que, eso sí se garantiza, no se tocarán.

En total será necesario extraer más de cien mil metros cúbicos de roca traquítica, que precisará de una escombrera, pues no puede aprovecharse para uso ornamental. Y meter dentro no menos de un millón de turistas al año para que la empresa no sea ruinosa.

Señores catedráticos, Fuerteventura recibe anualmente casi un millón y medio de visitantes, frente a una población que no supera las ochenta mil personas. ¿Qué nos proponen, que su número se doble gracias a Chillida o que los que ahora vienen dejen más dinero en la futura empresa concesionaria de la explotación de Tindaya, en lugar de en los hoteles? Ambas posibilidades me parecen aberrantes. ☘

Autor: César-Javier Palacios, doctor en Historia del Arte por la Universidad de La Laguna, es geógrafo, naturalista y periodista ambiental.

Dirección de contacto: César-Javier Palacios · Valencia, 1 · 35600 Puerto del Rosario, Fuerteventura · E-mail: cjpacios@wanadoo.es